

El último aliento de la selva

En el corazón del mundo, donde la selva se extendía como un océano sin fin, existía un rincón sagrado, oculto entre los pliegues de la maleza. Era la aldea de Yara, un susurro de vida en medio del verdor eterno. No figuraba en los mapas ni en los cuentos de los viajeros; era un refugio tejido por el tiempo y la armonía. Allí, el sol filtraba su luz a través del dosel, dibujando sombras danzantes sobre la tierra perfumada. El río, de un azul impensable, serpenteaba entre los troncos centenarios, llevando consigo los secretos de la selva.

Las mañanas en Yara eran un despertar de cánticos. Las madres murmuraban oraciones al fuego mientras molían frutos, y los niños correteaban entre los helechos, sus risas elevándose como un eco de la alegría más pura. Los ancianos, guardianes de la memoria, narraban historias a la sombra de los grandes ceibas, donde los espíritus de los antepasados dormían. En la aldea, cada latido tenía sentido, cada criatura era hermana. Los jaguares merodeaban, serenos y sabios; los monos balanceaban sus cuerpos con júbilo, y los guacamayos teñían el aire de rojo y esmeralda con su vuelo.

Pero un día, la selva dejó de cantar.

Al principio fue solo un murmullo en la tierra, un estremecimiento sordo que ascendía por las raíces como un aviso ahogado. Los ancianos fueron los primeros en notarlo: sentían el temblor en sus huesos. Luego vino el hedor, una presencia ajena, un aliento de hierro y ceniza que flotaba entre los árboles como una sombra anticipando la tragedia. Las aves callaron. Los monos enmudecieron en sus copas. El río, antaño puro como la primera lágrima del mundo, comenzó a arrastrar fango y muerte.

La primera noche, los guerreros de Yara avistaron el resplandor en el horizonte. No era el fuego sagrado de los rituales ni el destello de los ojos de un jaguar. Era algo frío, mecánico, un brillo que no pertenecía a la selva. El chamán Kanu convocó al consejo bajo el ceiba más viejo. Sus ojos, que habían visto la danza de los dioses en las hojas del tiempo, estaban opacos de incertidumbre.

—Los espíritus lloran —susurró—. Algo terrible se acerca.

No tardaron en verlo.

Al amanecer, los primeros monstruos irrumpieron entre los árboles. No tenían la forma de los depredadores de la selva ni el espíritu de los dioses en su piel. Eran titanes de hierro, bestias rugientes que vomitaban humo y escupían fuego. Sus mandíbulas giraban sin piedad, arrancando árboles enteros, destrozando raíces que habían sostenido el mundo por siglos. Con cada embestida, la selva gemía.

El pánico se desató. Yari, una joven madre, corrió con su hijo atado a su pecho, buscando refugio en la espesura. Pero la espesura ya no existía. Los grandes troncos caían con estrépitos de tormenta, y el suelo se partía como si la tierra misma llorara sangre. Un orangután bebé se aferró al cadáver de su madre, cuyos brazos inertes aún parecían querer protegerlo de un enemigo incomprensible. Los jaguares, otrora majestuosos y sigilosos, huían despavoridos, y los pájaros chocaban contra el vacío, desorientados por la ausencia de su hogar.

Los guerreros intentaron resistir. Sus flechas volaron como suspiros contra el metal, sus lanzas se quebraron como juncos contra las bestias de hierro. La aldea ardió. Las chozas, construidas con la paciencia del amor, fueron devoradas por llamas hambrientas. Los ancianos se tomaron de las manos y entonaron plegarias, sabiendo que el mundo que conocían estaba muriendo.

Cuando la noche cayó sobre lo que antes fue Yara, solo quedaban cenizas. El gran ceiba, aquel que había nacido antes que los abuelos de los abuelos, yacía como un gigante mutilado, su copa ahora una ruina en la tierra.

Kanu, tambaleante, recogió un puñado de tierra ennegrecida y lo apretó entre los dedos. Entre los escombros encontró el pequeño collar de semillas de su nieta, Mayu. Su garganta se cerró. Aún podía verla, apenas un día antes, corriendo entre los árboles, riendo, sus pies descalzos besando la tierra con la ligereza de una mariposa. Ahora, la mariposa se había ido.

Pero la pesadilla no terminó ahí.

Desde la distancia, los sobrevivientes vieron cómo los monstruos se alejaban, dejando tras de sí un vacío donde antes latía la vida. Y, al amanecer, los vieron. No eran demonios ni bestias de la noche. Eran hombres.

Hombres con piel pálida y corazones ciegos. Hombres que hablaban en un idioma áspero, sin música en su voz. Hombres que vestían pieles de tela y llevaban cascos duros como los caparazones de las tortugas. Caminaban entre la devastación sin mirar atrás, sin notar los cuerpos de los animales huérfanos, sin escuchar el llanto de la selva.

Kanu cayó de rodillas. No era una maldición de los dioses. No era un castigo de los espíritus. Eran ellos, los que venían de tierras sin bosques, los que no escuchaban los susurros de los árboles ni pedían permiso al río antes de beber. Eran ellos, los que llamaban "progreso" a la muerte.

El anciano cerró los ojos y dejó que el viento llevara su lamento.

La selva no perdona. No olvida.

Los invasores partieron con la seguridad de los vencedores, dejando tras de sí un desierto de cenizas y gritos apagados. Creyeron que la tierra era solo un recurso, que las aldeas eran estorbos y que la vida podía arrancarse como una mala hierba.

Se llevaron la madera, el oro, la piel de la selva. Pero no vieron lo que dejaron atrás. No vieron los ojos vacíos de los que lo perdieron todo. No sintieron la ausencia de los pájaros que nunca más cantarán. No escucharon el eco del río llamando a los que ya no podrán beber de él.

Y aunque sigan talando, aunque sigan quemando, aunque conviertan la selva en tierra yerma y la vida en mercancía, jamás llenarán el vacío dentro de ellos. Porque la selva no es solo árboles ni ríos ni bestias. Es espíritu, es memoria, es madre.

Y cuando ya no quede nada, cuando el mundo entero sea un suelo árido donde el viento solo levante polvo, cuando sus propios hijos nazcan en un planeta sin sombra ni agua, entonces entenderán.

Pero la selva no estará allí para escuchar sus lamentos.